

---

## IMÁGENES DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA PRENSA ARGENTINA A FINES DEL SIGLO XIX

\*\*\*

### Images of the United States in the Argentine press at the end of the 19th century

JUAN MANUEL ROMERO

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"  
Universidad de Buenos Aires [UBA]

#### Resumen

El presente artículo analiza las representaciones de los Estados Unidos que circularon en la prensa argentina a finales del siglo XIX. Desde la etapa abierta luego de Caseros, las imágenes de Norteamérica, sobre todo las referidas a su modelo institucional, habían tenido un lugar de gran importancia en el imaginario social y político de las dirigencias. Se argumenta aquí que en el periodo iniciado hacia 1880, sus características cambiaron, volviéndose más diversas y complejas. En esos años, las elites políticas y culturales de Argentina desplazaron sus miradas de la política y el Estado a la sociedad norteamericana y buscaron allí claves para interpretación los cambios que se estaban operando en su propio país. El universo de representaciones de ideas analizadas ofrece un panorama matizado que revela el desplazamiento de las ideas previas de "la república modelo" y la emergencia de otras nuevas. Pero se distancia, a la vez, de la narrativa que sostiene que tuvo lugar el surgimiento de una corriente "antinorteamericana" que contenía posturas de exclusivo rechazo hacia los valores asociados a los Estados Unidos.

**Palabras clave:** Estados Unidos; Argentina; *fin-de-siècle*; prensa; elites culturales

#### Summary

This article analyzes the representations of the United States that circulated in the Argentine press at the end of the 19th century. Since Caseros' open period, the images of North America, especially those referring to its institutional model, had had a place of great importance in the social and political imaginary of the leaders. It is argued here that in the period that began around 1880, their characteristics changed, becoming more diverse and complex. In those years, the political and cultural elites of Argentina shifted their gaze from politics and the State to North American society and there they looked for keys for interpretation of the changes that were taking place in their own country. The universe of representations of ideas analyzed offers a nuanced panorama that reveals the displacement of previous ideas of "the model republic" and the emergence of new ones. But at the same time, it distances itself from the narrative that sustains that the emergence of an "anti-American" current took place that contained positions of exclusive rejection towards the values associated with the United States.

**Keywords:** United States; Argentina; *fin-de-siècle*; press; cultural elites

**Recibido:** 24/10/2018 - **Aceptado:** 20/12/2018

---

## IMÁGENES DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA PRENSA ARGENTINA A FINES DEL SIGLO XIX

JUAN MANUEL ROMERO\*

[UBA]

### Introducción

En 1895 el joven médico Juan Bautista Justo visitó los Estados Unidos y publicó sus reflexiones de viaje en *La Vanguardia*, el flamante semanario socialista. En su primera entrega argumentaba:

Hace un siglo que los Estados Unidos atraen la atención del mundo. La organización política nueva que (...) se dieron los estados americanos del Noreste, ofreció un gran interés en una época en que los teóricos y los revolucionarios de la política, no habiendo salido aún del período metafísico, eran muy dados a estudiar constituciones.

(...) Llegamos ahora a una nueva época. Las máquinas han tenido el tiempo de desarrollar toda su acción, en medio del progreso científico incesante, y de las instituciones políticas y sociales de hace un siglo. Los que aman en la libertad y en la democracia más que el nombre, se preguntan qué queda de ellas hoy [...] Y a ese respecto el pueblo norteamericano reclama de nuevo la atención del mundo. Su vida tiene el valor de un experimento.<sup>1</sup>

El pasaje citado revela las transformaciones de fin de siglo en algunas de las miradas dirigidas a desentrañar el misterio de los Estados Unidos. En efecto, desde su nacimiento como nación, el ejemplo norteamericano había tenido un extraordinario influjo en todo el mundo atlántico. Políticos, hombres de letras y viajeros buscaron en Norteamérica un espejo en el que ver reflejados los problemas de sus países y pretendieron obtener allí lecciones históricas útiles para su propia experiencia. En la República Argentina, entre 1852 y fines de la década de 1870, los grupos dirigentes hicieron un intenso uso del modelo institucional que ofrecía la que llamaban “la gran república del norte” (Romero, 2018). Las preocupaciones por la configuración social de los Estados Unidos, si bien no estaban del todo ausentes, se encontraban en un segundo plano respecto de la gran circulación de los documentos políticos, los textos constitucionales y las doctrinas jurídicas. En el fin de siglo,

---

\* Profesor de Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y Magister en Investigación Histórica por la Universidad de San Andrés. Es miembro del Grupo de Historia del Siglo XX del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Se desempeña como docente en la Universidad de San Andrés y en la Universidad de Buenos Aires. Investiga sobre Imágenes de los Estados Unidos en la cultura política argentina, y sobre otros problemas de historia intelectual y cultural latinoamericana – contacto: romerojuanm@gmail.com

<sup>1</sup> *La Vanguardia*, 6 de julio de 1895.

se abrió paso una reflexión que comenzó a explorar estas nuevas dimensiones. En esta etapa, los Estados Unidos ya no solo fueron interrogados con preguntas referidas a su orden político sino también a su peculiar organización económica y social. Los discursos sobre los Estados Unidos se tornaron así más diversos y más complejos. Sin que se abandonara por completo la antigua simpatía por “la república modelo”, muchas de las imágenes en circulación desplazaron su foco del plano institucional al social, siguiendo una tendencia más general en las corrientes intelectuales de la época.

Este cambio de objeto vino acompañado por una ampliación de perspectiva. Aunque las elites políticas y culturales continuaron siendo la principal fuente de estas imágenes, sus voces se multiplicaron. Las condiciones de los transportes mejoraron y Estados Unidos se convirtió en un destino más frecuente que en la etapa anterior para viajeros destacados: hombres de letras, diplomáticos, dirigentes políticos.

Por otra parte, con la difusión del telégrafo y de los servicios noticiosos de agencias internacionales, las informaciones sobre los sucesos de los Estados Unidos se volvieron más habituales en la gran prensa. Los diarios transitaron un proceso de modernización que les dio un nuevo tono, los orientó a nuevos intereses, y los llevó al alcance, además, de públicos nuevos y ampliados. Todo ello contribuyó a expandir y complejizar los actores que opinaban sobre Estados Unidos.

En ese sentido, los cambios que se registraron en las representaciones de los Estados Unidos acompañaban las profundas transformaciones que tuvieron lugar tanto en norte como en el sur. El proceso de modernización social que atravesó la Argentina provocó, como es sabido, reacciones defensivas y recelosas de algunos sectores de la elite preocupados por reafirmar su jerarquía (Terán, 2008). Algunas de las miradas dirigidas hacia el norte comenzaron a descubrir allí los males que amenazaban con manifestarse en la Argentina. ¿Cómo era posible establecer y mantener jerarquías en ciudades sacudidas por oleadas migratorias y fuertes procesos de movilidad social? ¿Cómo juzgar los cambios materiales que producía el crecimiento en la que algunas décadas antes aún podía calificarse como una “gran aldea”? El mirador norteamericano ofrecía la visión de un futuro posible. Estados Unidos se convirtió entonces en el epitome de una modernidad que suscitaba reacciones ambiguas: fascinación y rechazo.

### **Estados Unidos en *La Nación***

A partir de la década de 1880, la prensa diaria argentina dedicó una atención constante a los Estados Unidos. *La Nación*, que junto a *La Prensa* era uno de los periódicos de mayor prestigio y tirada en esos años, comenzó a publicar regularmente artículos, noticias y recortes sobre ese país en sus secciones internacionales (Román, 2010; Caimari, 2015). A veces, los artículos traducían noticias aparecidas originalmente en la prensa norteamericana o en alguno de los grandes diarios europeos. En otras ocasiones, transmitían novedades –el resultado de una elección, la muerte de un mandatario, un movimiento militar, un gran incendio– llegadas a través de cables de alguna de las agencias internacionales en actividad. Los artículos trataban un muy variado universo de cuestiones:

la modernidad de las ciudades, su arquitectura y sus servicios, la situación política en Estados Unidos y las costumbres sociales.

En 1880, *La Nación* cambió a Estados Unidos de la sección “americana” a la sección “europea” de las noticias internacionales, jerarquizando de esa forma la información allí presentada. Más tarde, a mediados de la década, incluiría también una sección específica, “Notas norteamericanas”. Los artículos provenían de cables que llegaban por mar a puertos cercanos como Río de Janeiro o reproducían otros aparecidos originalmente en la prensa Europea o incluso norteamericana. El flujo de información se hizo entonces veloz, periódico, copioso y ecléctico.

En las últimas décadas del siglo XIX, los Estados Unidos se perfilaron como nueva potencia mundial, situándose a la vanguardia de las transformaciones que afectaban la organización del trabajo y la vida cotidiana, convirtiéndose en un escenario privilegiado para la observación de fenómenos tales como la industrialización, la urbanización, las migraciones masivas, y el impacto del ferrocarril. Los lectores de *La Nación* pudieron reconocer allí procesos de cambio semejantes a los que en el transcurso de la década de 1880 se hicieron cada vez más patentes en una Argentina ubicada también en el curso arrebatado de la modernización. El ejercicio comparativo se convirtió en una práctica habitual. La fascinación de la prensa por los avances y novedades que aparecían en el espejo norteamericano reflejaba en ocasiones el optimismo con que algunos contemporáneos comenzaban a imaginar el futuro argentino. Otros, como se verá, asistieron a esos procesos con reservas, señalando también las consecuencias no deseadas de la modernidad y la masificación.

En 1881, una nota sin firma de *La Nación* que se destacaba entre las noticias internacionales daba muestra de la admiración de un viajero argentino:

El viajero que llega a Estados Unidos desde la América del Sud, tiene delante de sí el más vasto campo de admiración que la fantasía pueda imaginar. Hasta el camino que ha recorrido, le prepara singularmente para recibir la impresión de asombro indefinible que produce este país maravilloso, (...) la organización admirable de la emigración extranjera, que afluye principalmente de Europa en oleaje continuo y creciente.

(...) Cuando el americano contempla de cerca los elementos materiales que constituyen la grandeza de los Estados Unidos, cuando recorre el país desde el Hudson hasta el Niágara, encontrando a cada paso, en vez de una posada, una ciudad floreciente; y cuando recuerda que esta nación, que parece haber recogido la ciencia y la experiencia de todo el mundo, es tan joven como cualquiera de las otras naciones americanas, el espíritu se inclina naturalmente á inquirir la causa de tan desmedida superioridad.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *La Nación*, 26 de junio de 1881.

La ciudad de Washington; los ferrocarriles; los procedimientos de ensilaje utilizados en la producción de forraje; la educación pública; la prensa norteamericana; todo era descrito con curiosidad y admiración y elevado a la categoría de modelo a ser copiado en la Argentina.<sup>3</sup>

También durante ese período *La Nación* comenzó a recurrir a corresponsales en Norteamérica: en algunos casos viajeros, a veces miembros de las delegaciones diplomáticas y, finalmente, algunos hombres de letras que aportaban además el valor de su firma a la publicación. Durante dos décadas se publicaron en secciones permanentes las cartas que enviaba el cubano José Martí, primero, el argentino residente en Nueva York Miguel Tedín, luego y, más tarde, el poeta nicaragüense Rubén Darío.

Las crónicas de José Martí en la prensa argentina revelaban la ambigua fascinación con que el poeta y político de La Habana atravesó su experiencia de exiliado en los Estados Unidos. En ellas combinó el comentario político con la anécdota y la crítica literaria, que nutrió con su aguda intuición sociológica y transmitió con una vigorosa y floreada prosa, propia del gran calibre literario de su obra. Como otros observadores contemporáneos, Martí encontró en Norteamérica (“la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande”) un país extraordinariamente próspero en donde sin embargo la libertad se veía acorralada por el consecuente dilema de la desigualdad y la división.

Las características propias de la audiencia argentina a la que Martí se dirigió a través del periódico también debieron las opciones de su labor periodística. La primera de sus cartas a *La Nación*, escrita en el mes de julio de 1882 y publicada por el diario el 13 de septiembre de ese año en cuatro columnas de sus largas páginas, presentaba un cuadro en buena medida perturbador de la situación social y política en los Estados Unidos. En ella Martí retrataba con notorio rechazo la ejecución pública de Charles Guiteau, el asesino del presidente Garfield –las informaciones sobre su asesinato habían poblado las páginas de internacionales–, que produjo la algarabía del público y la prensa norteamericanos.<sup>4</sup> Comentaba además la creciente conflictividad social que percibía en el país (“estamos en plena lucha de capitalistas y obreros”) y los dramas políticos de la hora, encarnados en un duro combate parlamentario entre republicanos y demócratas.

La variedad de temas que Martí abarcaba en sus viñetas sería una constante en sus extensas crónicas. Es que, como señalaba en la justificación programática con que cerraba su primera entrega, solo a través de esa dispersión podrían abarcarse fenómenos tan complejos y heterogéneos como los que tenían lugar en Norteamérica: “Aquí hierven, junto

<sup>3</sup> Véanse como ejemplo: *La Nación* 19 de octubre de 1881; 17 de octubre de 1882; 13 de enero de 1883; 11 de abril de 1883; 16 de mayo de 1885; 21 de marzo de 1886; 5 de enero de 1889; 12 de marzo de 1889.

<sup>4</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1882. En agosto de 1881, *La Nación* había hecho un exhaustivo seguimiento del caso, reproduciendo día a día una columna de telegramas que actualizaban la situación del presidente agonizante y de su agresor, y en enero del año siguiente se cubrió en detalle el juicio a Guiteau. El 26 de septiembre de 1881 se hicieron en Buenos Aires movilizaciones honrando la memoria de James Garfield, en las que hubo desfiles, bandas militares y participación de distintas colectividades, la Sociedad Rural Argentina, y Bartolomé Mitre, quien pronunció un discurso fuera de programa. Véase: *La Nación*, 27 y 28 de septiembre de 1881.

con los modernos problemas humanos, los problemas concretos de América, y ambiciones que alarman y grandezas reales que deslumbran”.<sup>5</sup>

El artículo de Martí estaba acompañado por una elogiosa crítica con la que el colombiano Adriano Paez, director por entonces de la revista *La Pluma*, lo presentaba frente al público argentino. El cubano era todavía una figura desconocida en el medio local. Había conseguido su trabajo en *La Nación* gracias a las gestiones de Carlos Carranza, hombre de confianza del general Mitre en la guerra y la política y desde 1879 cónsul argentino en Nueva York.

Pero su primera correspondencia no fue recibida sin reservas. Algunos días después de su publicación, el 26 de septiembre, Bartolomé Mitre y Vedia, director del diario, enviaba al cubano una carta privada en la que, luego de despachar ceremoniosos halagos, justificaba la censura de su artículo:

La supresión de una parte de su primera carta, al darla a publicidad, ha respondido a la necesidad de conservar el diario la consecuencia de sus ideas, en lo relativo a ciertos puntos y detalles de la organización política y social y de la marcha de ese país. Sin desconocer el fondo de verdad de sus apreciaciones y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia extremadamente radical en la forma y absoluta en las conclusiones, se apartaba algún tanto de la línea de conducta que a nuestro modo de ver, consultando opiniones anteriormente comprendidas, al par que la conveniencia de la empresa, debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencia que inaugurábamos.<sup>6</sup>

El tono sombrío del fresco con que Martí había comenzado su actividad de corresponsal en Norteamérica no satisfizo a sus empleadores, cuya línea editorial se concebía menos crítica “de la marcha de ese país”. El director de *La Nación*, quien había acompañado a Sarmiento como secretario y traductor en segundo viaje, prefería aquellos pasajes en los que Martí revelaba que “sabe Ud. hacer, y hace, completa justicia a lo que hay de grande, de noble y de enorme en ese país”.<sup>7</sup>

### La ciudad del futuro

Como prometía un artículo anónimo aparecido en *La Nación* en 1881, los viajeros que llegaran a los Estados Unidos encontrarían “el más vasto campo de admiración que la fantasía puede imaginar”. Especialmente las ciudades, donde se divisaban con particular claridad “los signos de la civilización”, la experiencia de lo moderno. Nueva York, la gran metrópolis norteamericana, “hija del progreso y de los esfuerzos del pueblo más precoz del universo”, tenía más telégrafos y ferrocarriles que todo Chile. La ciudad estaba en constante

<sup>5</sup>*La Nación*, 26 de junio de 1881.

<sup>6</sup>Citado en García Pascual (2005, p. 138)

<sup>7</sup>Citado en García Pascual (2005, p. 138)

ebullición y allí se preparaban nuevas obras: el Puente de Brooklyn y el alumbrado eléctrico.<sup>8</sup>También Martí se maravilló por la intensidad de la vida neoyorquina:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en New York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. Ni paz, ni entreacto, ni reposo, ni sueño (...) Se duerme sobre una rueda ardiente. Aquí los hombres no mueren, sino que se derrumban: no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen.<sup>9</sup>

La comparación de las grandes ciudades de la costa con las metrópolis europeas fue un ejercicio habitual. Los viajeros de la elite cultural argentina que visitaban Estados Unidos utilizaban estas urbes que les resultaban más familiares como anclaje para elaborar sus juicios. Los apuntes publicados por hombres como Miguel Cané, Eduardo Wilde y Paul Groussac son expresión de miradas complejas, habitadas por ambigüedades. Más aún que en la etapa anterior, Estados Unidos aparece como el ángulo de un triángulo de comparaciones que incluye también a la Argentina y a Europa. La intensidad de los vínculos económicos y culturales que por entonces las elites argentinas comenzaron a tener con el viejo continente les permitieron reconocer una mayor diversidad de experiencias y singularidades y, además, tensaron de un modo renovado las valoraciones que se hacían del ejemplo norteamericano, al incorporar al imaginario local otros modelos y referencias (Losada, 2008).

Eduardo Wilde ofrece un buen ejemplo de este cuadro. En su primer paso por los Estados Unidos, a comienzos de la década de 1890, admiró la belleza de la bahía del Hudson y percibió la agitación y el movimiento característicos del puerto (“la bahía es un barrio de la ciudad por lo concurrido y transitado. Numerosos vapores de toda forma y tamaño van, vienen y dan vuelta muy apurados, llevando cientos de miles de pasajeros”),<sup>10</sup> pero consideraba que Nueva York se encontraba aún a la zaga de las grandes ciudades europeas:

New York es larga y angosta; en ancho tiene pocas cuadras pero a lo largo hay calles que miden tres leguas como en Londres.

Su empedrado es malísimo, como el de Buenos Aires; a mí me pareció compatriota. Hace mal efecto sobre todo cuando se viene de Londres y Paris donde el piso es como el de un salón. Además los tramways lo echan a perder todo, perturban el tránsito y estropean los coches. Imposible es tener buena vía pública con rieles; con razón no los admiten en las grandes ciudades europeas (Wilde, 1892, p. 88).

<sup>8</sup>La Nación, 24 de Junio de 1881.

<sup>9</sup>La Nación, 15 de agosto de 1883.

<sup>10</sup>(Wilde, 1892: 87) Sobre la figura de Wilde véase Bruno (2011)

La ciudad era moderna pero falta de armonía. Incluso la “estatua colosal de la Libertad”, que impresiona a todos por sus dimensiones y su magnífica iluminación, le resultaba grotesca:

(...) permítaseme: la estatua vista de lejos aunque distintamente, no es majestuosa, elegante ni bella. Tiene una antorcha en la mano y la sostiene de un modo desairado; nadie puede negar que al ver ese brazo levantado y tieso no le viene a la mente la idea de cansancio. ‘Baje, señora, el brazo, no se canse’, da gana de decirle a la estatua.

Cuando la actitud es armoniosa, semejantes ideas no se suscitan. La estatua parece estar haciendo fuerza para mantener la antorcha en alto y haber llegado ya casi al límite de su resistencia (Wilde, 1892, p. 88).

En sus notas de viaje, publicadas originalmente en *La Prensa* en 1892, Wilde elaboró opiniones ambiguas. Por un lado, se distanció del frenesí que provocaba en otros visitantes el espectáculo moderno. Pero a la vez se mostró más benevolente con lo que comúnmente aparecían como los defectos norteamericanos. Su pasaje inicial por las “vecinas rivales” Nueva York, Filadelfia y Baltimore, le había ofrecido un caudal de experiencias suficiente como para emitir una opinión de conjunto sobre el carácter de aquella nación. Wilde se sorprendía por la forma en que estos “pueblos tan ocupados” dedicaban su tiempo a la vez a la industria, al arte y a la naturaleza y el modo en que el trabajo y el goce se fundían en una misma relación: “Son como niños grandes”, sentenciaba, “en ciertas cosas han llegado a la más alta civilización y en otras no han salido todavía del estado natural”. Faltaba en aquel pueblo “adolescente”, en definitiva, “aquella gracia y aplomo que da la cultura” (p. 133).

También Rubén Darío (1894), al incluir en sus notas periodísticas registros de sus propios apuntes de viajes, encontraba en el espectáculo neoyorquino una imagen que elegía poner a contraluz de las virtudes europeas: “Se cree oír la voz de Nueva York, el eco de un vasto soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla al acercarse, halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud!”. Nueva York, “la sanguínea ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque”, le recordaba al nicaragüense ancestrales figuras. Aparece allí asociada a la imagen de Babel, poblada de ruidos que provocan en el visitante una sensación de mareo, vértigo y pesadilla.

El rechazo que acompañaba esa comparación con las ciudades europeas no era sin embargo la única aproximación posible. Nueva York era también un modelo para una Buenos Aires en transformación. Diez años antes que Darío, Miguel Cané (1907), quien compartía las opiniones de Wilde acerca del desacople cultural de los “yankees”, había hallado en la ciudad un “paraíso de las mujeres y los niños”. En las plazas y los parques de Nueva York, las criaturas andaban solas, marchando “con el paso firme de soberanos”. A sus ojos, era la única ciudad del mundo que protegía de esa forma a los más pequeños y débiles. A diferencia de lo que sucedía en Buenos Aires, donde los niños estaban condenados al encierro, el aburrimiento y la abulia, Cané constataba que “en Nueva York



la infancia es sagrada. Para ella los parques dilatados, cubiertos de árboles, tapizados de césped, no de simple ornamentación, sino para que el niño corra sobre él sin peligro, pruebe sus fuerzas y las desenvuelva.” En ese saludable contacto entre los cuerpos y el “aire vivificante” que se encontraba en el verde se cifraba sin dudas “el principal secreto de la fabulosa prosperidad americana”, que dotaba a los “yanquis” de su “aplomo y equilibrio” característicos (p. 282).

Cuando Cané escribía esas líneas hacía ya algunos años que el Central Park figuraba como inspiración en la agenda de los debates urbanísticos de la ciudad de Buenos Aires, a los que el autor de *Juvenilia* no era por cierto ajeno. Según ha argumentado Adrián Gorelik (1998), en esas discusiones convivían en tensión la influencia de los modelos francés y anglosajón. Detrás de las ideas de Sarmiento, marcadamente influido por el segundo, se encolumnaban también figuras menos predecibles. Así, en un artículo firmado por una supuesta viajera norteamericana, el siempre crítico Vicente Quesada enmascaraba opiniones similares a las de Cané, que contrastaban la libertad de movimientos que los parques norteamericanos ofrecían a las mujeres con las del flamante parque 3 de Febrero, ubicado en los márgenes de la ciudad y, según afirmaba, peligrosamente despoblado.

Ya hacia 1910, revistas ilustradas como *Caras y Caretas*, *P.B.T.* y *La Ilustración Sudamericana*, destinadas a un público lector nuevo, popular y en expansión, se encontraban pobladas de noticias referidas a las novedades en las ciudades norteamericanas, especialmente en Nueva York. Margarita Gutman (2011) ha señalado el impacto que tuvieron en Buenos Aires las imágenes que identificaban a Nueva York como una “ciudad del futuro”, vinculadas a los ideales arquitectónicos de la verticalidad –los rascacielos son por entonces uno de los grandes temas de discusión– y a las nociones más generales de progreso. La prensa porteña comentaba a menudo la aparición de las novedades tecnológicas surgidas en la tierra de Edison: ferrocarriles, alumbrado eléctrico, puentes colgantes, el teléfono a domicilio. Según Gutman (2011): “Nueva York era percibida en Buenos Aires como el sitio del cambio constante, caleidoscopio de grandes contrastes y modelo inigualado de progreso tecnológico” (p. 395).

Aunque esta era sin dudas una de las ciudades más atractivas tanto para viajeros como para analistas y observadores, en la década de 1890 la influencia social y económica de otras ciudades del Oeste creció fabulosamente. Este fenómeno fue también objeto de diversas reflexiones y la Exposición Universal con que Chicago anunciaba al mundo su renacimiento atrajo una especial atención. En los primeros días de 1893, la *Revista económica del Río de la Plata* anunciaba a sus lectores que:

Chicago acaba de celebrar la terminación de los edificios de la Exposición. América gusta de hacer las cosas en grande y se lisonjea que dejará muy atrás, en el presente año, todo lo que se ha hecho antes de ahora por las grandes naciones europeas: ha ensanchado, cuanto ha sido posible el espacio consagrado a las maravillas de esa

Exposición: espera abolir hasta el recuerdo de Filadelfia y de la celebración del centenario de la declaración de Independencia.<sup>11</sup>

En esas páginas de la prensa opositora, la ocasión servía además para destacar las virtudes de quienes lograban encarar una empresa de tal envergadura y ofrecer señales de concordia nacional, convocando por ejemplo a sacerdotes representantes de las minorías católicas: “aprenda así la República Argentina el verdadero liberalismo y la más verdadera tolerancia”. Y al referirse al discurso inaugural de un empresario republicano, el editorialista se permitía sugerir que: “unos cuantos tipos así no estarían de más en nuestra República Argentina”.

Quien señaló con mayor contundencia la emergencia de los centros industriales del oeste fue Paul Groussac. El crítico francés visitó la Exposición Universal de Chicago en 1893, publicando sus notas en *La Nación*, en la revista de *La Biblioteca* que él mismo dirigía y, finalmente, como libro de viajes titulado *Del Plata al Niágara* (1897). A su llegada a Chicago, Groussac se convenció de que estaba frente a un fenómeno nuevo y, fundamentalmente, representativo del signo de los tiempos:

En este momento de la evolución sociológica, sobre todo, el grupo urbano que se debe estudiar paciente y filosóficamente, es Chicago [...] Chicago es en la hora presente el resumen material y el exacto espécimen del mundo americano. El eje se ha corrido hacia el Oeste; ya no atraviesa Nueva York, ni Filadelfia, mucho menos la docta Boston, que antes apellidaba precisamente el *hubo de la rueda* (*theHub*), sino la ciudad de los ferrocarriles y la carne, la ruda y potente capital de *Pullman y Armour* (Groussac, 1897, p. 304).

Las ciudades del este o del sur eran para el francés superiores por “europeas”. Pero su influencia había tenido ya su cuarto de hora y pertenecían a la historia. Y mientras otras ciudades del oeste como San Francisco, Omaha y Missouri solo podían aspirar a predominar en el futuro, la “Reina de las Praderas”, Chicago, era ya puro presente, “la región inmensa adonde convergen ahora los esfuerzos del coloso advenedizo y audaz” (p. 359). Una región para la que no cabían las perspectivas de largo plazo y que crecía día a día gracias al impulso de dos fuerzas: la ignorancia y la fe. Groussac la abordaba exasperado en sus “nervios latinos”, por “lo incompleto, insuficiente y grosero”, por el trato brutal que recibe, “los manoseos” y “pisoteos” (p. 348). Es que allí, sugería, lejos de las influencias del eje atlántico, la cultura se degradaba y afloraban así los rasgos incontaminados de la sociedad que lo hospedaba: “las cualidades más salientes y los defectos más abruptos del pueblo americano se acentúan en el Oeste como a través de un lente convexo. Lo que es el Este con respecto de Europa, Chicago lo es respecto de Nueva York” (p. 361).

<sup>11</sup> Chicago y la gran exposición universal. *Revista Económica del Río de la Plata*, (17), Buenos Aires, 10 de enero de 1893.

Para el francés, a diferencia de las ciudades europeas, las norteamericanas carecían de singularidad. Reproducían un único diseño en diferentes escalas, conformando un enorme y tedioso cliché. Además, consideraba que la obsesión por la modernidad urbana, presente en el registro de muchos de los viajeros argentinos, no lograba una representación fiel de la vida en el norte:

Cuando recordamos a los Estados Unidos es para evocar la idea de un inmenso taller, un hormigueo de población jadeante y febril, que se agita en las minas, en las fundiciones, en las veredas de Chicago o de Nueva York; un pueblo de frenéticos perpetuamente sacudidos por el baile de San Vito de la especulación. Son pinturas de novela y descripciones de turistas que no han pasado de las capitales del este. El aspecto general del pueblo –en la región que hasta hoy conozco– es más bien indolente y flemático. Por otra parte, los cuatro quintos de la población viven en pequeñas ciudades, aldeas y alquerías que constituyen el vasto receptáculo de la vida nacional (p. 311).

Si en todos estos relatos los Estados Unidos seguían siendo objeto de admiración, los hombres de letras del fin de siglo también comenzaron a detectar algunos rasgos que veían desagradables y que les proporcionaron una nueva clave para retratar al país. El rechazo de los valores asociados a Norteamérica no era una novedad para el mundo. En Europa había acompañado su descubrimiento y había formado parte de las aproximaciones de intelectuales como Charles Dickens, Heinrich Heine, Oscar Wilde y Frances Toppelle, aunque no las caracterizaran por completo (Friedman, 2015). Pero en el arco de referencias locales esto sí constituía una novedad, que rompía con una extendida tradición de simpatía y admiración.

### **La cultura y el *dollar***

En la visión elaborada por Groussac a mediados de la década de 1890 aparecían en un primer plano nociones sobre los Estados Unidos que de allí en adelante tendrían cada vez mayor trascendencia. Como se desprende de los pasajes en los que los argentinos contrastan las ciudades norteamericanas con las europeas, Estados Unidos era el emblema de una modernidad materialista y vulgar. El igualitarismo que a mediados de siglo todavía constituía uno de los grandes atractivos de su contextura social, ahora comenzaba a ser contemplado con recelo por una elite que se afanaba por construir o reforzar dispositivos de distinción social. En este punto, claramente, la civilización estadounidense aparecía como inferior. Su vitalidad económica amenazaba superar a las grandes potencias europeas, pero no podía competir en el tan valorado plano de la alta cultura. Lo que en Tocqueville figuraba ya como sospecha y Sarmiento ratificaba en su balance por otra parte positivo, se volvió unas décadas más tarde síntoma de las más angustiosas amenazas de la nueva época. Así, con dejos de nostalgia patricia, Lucio Vicente López anotaba en 1880:

Los Estados Unidos, cuyas maravillas están dejando muy atrás a las gigantescas magnificencias de Londres y de París, no han producido todavía una ópera, una tela célebre, o un bronce notable. (...) ¿Será que la república y la democracia son refractarias a lo bello ya lo sublime, y que sólo bajo los despotismos de Augustos nace y se desarrolla el arte y se revelan los grandes poetas de la humanidad? (López, 1916, p. 225)

Estaban también quienes consideraban con más aprecio los desarrollos de la cultura norteamericana. El novelista James Fenimore Cooper había sido una influencia importante para algunos románticos argentinos. Aunque la literatura europea continuaba siendo la fuente de inspiración privilegiada para los escritores argentinos, las principales firmas de las letras estadounidenses tenían también un público local.

En un artículo de 1882, Luis María Drago comentaba las traducciones castellanas de Mark Twain, cuyas obras gozaban por entonces de un notable éxito. Siguiendo los criterios propuestos por Hippolyte Taine en su *Introducción a la literatura inglesa*, Drago juzgaba que en la obra de Twain se combinaba la herencia inglesa, “el *tic* intelectual, que distingue entre todos a los escritores de la raza sajona” y la influencia del medio, “la pradera interminable” (Drago, 1882, p. 146). En la literatura del “humorista” aparecían entonces los rasgos de un temperamento que bien podía ser proyectado al conjunto de la sociedad, ofreciendo así un diagnóstico de las distancias entre la planta y su retoño:

Pero si el inglés es un descreído –afirmaba Drago–, que estrella su mal humor contra el mundo, persiguiendo una venganza estéril, el americano es, ante todo, un combatiente imbuido en el espíritu general de la nación, que ridiculiza, es cierto, todo lo que es condenable, y solo lo que es condenable, pero con el objeto de modificarlo, de perfeccionarlo, de reemplazarlo por un orden de cosas que le sea superior.

El uno es un despechado, el otro un creyente sincero que trabaja en su esfera en la evolución progresista de la sociedad (Drago, 1882, p. 149)

Drago (1882) era consciente de las reservas que Estados Unidos comenzaba por entonces a provocar entre muchos de sus observadores. Había, sin dudas, “mucho que cambiar en el actual orden de cosas de la república modelo”. Pero sospechaba de las exageradas descripciones que en el último tiempo habían puesto a circular algunos escritores “inspirados por preocupaciones de sistema”. El centro de aquella discusión era también el peso que “el dólar”, figura metonímica que resumía así “la fiebre de las riquezas improvisadas y de las grandes empresas enormemente productivas” tenía en la vida norteamericana. El dólar, “antítesis del ideal”, pervertía la moral y provocaba descomposición política y social, visible, cada vez más, en los grandes escándalos de corrupción que llegaban a la prensa y denunciaban escritores populares como Twain. Éste, gracias a su sensibilidad popular, había sabido captar la esencia de la sociedad nueva surgida del avance sobre la frontera oeste. Si “los aristócratas de la inteligencia americana”

como Longfellow, Irvin y Hawthorne expresaban en realidad el “espíritu europeo”, la nueva generación del *slang* se encontraba íntimamente vinculada a este “movimiento nacional” (pp. 150-151).<sup>12</sup>

En este plano, que valuaba a la sociedad a través de sus creaciones culturales, aparecían algunas de las impugnaciones más generalizadas y abiertas. La ausencia de una cultura rica en frutos literarios y filosóficos aparecía en muchos de los observadores extranjeros como un precio que Norteamérica pagaba por su riqueza y grandeza, unas veces, y por su excesiva tendencia democrática, otras. Pero quienes se sabían más familiarizados con la cultura norteamericana señalaban la extendida ignorancia de sus compatriotas en dichas cuestiones. En 1882, el director de la *Nueva Revista de Buenos Aires* señalaba que, hasta entonces, la atención de las elites argentinas se había dirigido exclusivamente a la cultura jurídica del país del norte y que figuras como Longfellow y Emerson eran en cambio apenas conocidas, víctimas de una “relativa indiferencia” (Quesada, 1883, p. 47). Pero al indagar las razones de esa limitada curiosidad, Quesada volvía sobre lugares comunes. En aquella nación nueva la población vivía como electrizada, en perpetuo movimiento: “en un país tan completamente absorbido por la sed de riqueza, en la cual se piensa cuando trabaja y sueña cuando duerme, no hay tiempo disponible para el cultivo de las bellas letras” (p. 150). La de Emerson era entonces una figura singular, recortada de las tendencias generales de la población, pero que servía sin embargo, por su incansable labor de divulgador, al incremento de la cultura general de su pueblo.

No era distinta la función que en una de sus notas de *La Nación* le había supuesto otro de sus admiradores hispanoamericanos, Martí. También para el cubano, en naciones como Estados Unidos, “donde del acumulamiento mismo de hombres vienen soledad y abandono espantosos, (...) en este pueblo de niños educados en la regata funesta de la riqueza”, la grandeza afeaba y deformaba cuando no era acompañada por los goces espirituales. Hombres como Emerson se habían dado así la noble tarea de espiritualizar a un pueblo “arrebataado”.<sup>13</sup> Y en la visión de Rubén Darío, figuras como la de Edgar Allan Poe –cuya fama entre los modernistas se debía quizás a la admiración que antes le había profesado Charles Baudelaire– se recortaban extrañamente de su contexto: “Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda”.<sup>14</sup>

Las ideas acerca del materialismo de los Estados Unidos resonaban con especial fuerza en la Argentina por cuanto el acelerado crecimiento económico del último cuarto del siglo trajo consigo consecuencias que resultaban preocupantes a los ojos de las elites intelectuales, especialmente luego de la crisis económica y política de 1890.

---

<sup>12</sup> Drago (1882) definía al *slang* como el idioma de mezcla que había producido el contacto entre los diversos grupos inmigrantes y nativos: “Sociedad abierta a todos los hombres del mundo que han llevado sus costumbres y su lengua, se ha hecho en los Estados Unidos una especie de Babel, en que la confusión ha acabado por triunfar, surgiendo de ella el *slang* mezcla extraña y atrevida de todos los idiomas y de todos los dialectos, desde el alemán hasta el indio, fundidos y amalgamados en la base del inglés”(p. 148).

<sup>13</sup> *La Nación*, 16 de julio de 1886.

<sup>14</sup> *La Nación*, 20 y 24 de mayo de 1913.

Esas ideas estaban impregnadas de un signo conservador, pero también podían ser invocadas desde otras perspectivas. En el singular clima de ideas del Centenario, la revista *Ideas y Figuras*, en la que se combinaban anarquismo y modernismo literario, publicó un artículo del escritor Rafael Barret donde criticaba la desigualdad que estaba asociada al crecimiento económico argentino. A sus ojos, los beneficios de ese desarrollo eran gozados solamente por la clase propietaria. Al reflexionar sobre la “sed de riqueza” que provocaba esa estructura económica “egoísta, mala, feroz, abominable”, Barret se servía también de la comparación con los Estados Unidos: “las cifras de la exportación y los depósitos bancarios no bajan. Es lo principal. ¿No se opina así en los Estados Unidos? ¿No ha cacareado Roosevelt en el Cairo, en Roma, en Berlín, en París y en Londres que el primer deber del patriota es hacerse rico?” (Barret, 1910, p. s/n). Sin embargo, continuaba el anarquista español, en la Argentina esa tendencia no estaba balanceada –como sí en Norteamérica– por figuras intelectuales de fuste:

Norte América produjo algo más que este infatigable Pero Grullo. Emerson y Whitman fueron norteamericanos. La fase aguda del yankee ha pasado ya. Hay un William James que dice: ‘¿No sería la pobreza el verdadero heroísmo?’ (...) ¿Cuándo desde una cátedra universitaria se dejarán oír estos acentos en Buenos Aires? Los Morgan, los Carnegie y los Rockefeller, vencidos por el nuevo ambiente humano se avergüenzan de sus millones y los restituyen (Barret, 1910, p. s/n)

La misma revista insistía poco después en su rescate de figuras como Whitman. Conocido en la Argentina gracias a la tarea difusora de Darío y Leopoldo Lugones, el autor del *Canto a mí mismo* había sido un precursor en las críticas del materialismo norteamericano: “Lo que Groussac reprochó a los Estados Unidos en su *Del Plata al Niágara*, él ya lo había dicho en sus *Mensajes Democráticos*. Las ideas capitulares del *Ariel* de Rodó están condensadas allí, lo propio que en uno de sus cantos donde caracteriza lo que constituye ‘la Gran Ciudad’. Si Rodó lo hubiera conocido por entonces no se habría atrevido a firmar su folleto”.<sup>15</sup>

La del uruguayo José Enrique Rodó había sido, sin dudas, una versión singularmente influyente. Publicado en 1900, su libro *Ariel* dirigía un sermón laico a las juventudes americanas. Su ensayo, escrito al modo de un diálogo filosófico, volvía sobre el contraste entre los valores utilitaristas y pragmáticos de la cultura norteamericana y aquellos valores humanistas y cristianos que el autor identificaba con la latinidad. Así, las juventudes latinoamericanas, consideradas como “aristocracias del espíritu”, eran encomendadas con la misión protectora del legado de “verdad” y “belleza”, ante la amenaza de la “nordomanía” y la vulgaridad de la democracia. El elitismo esteticista de Rodó estaba sin embargo acompañado por un todavía posible optimismo. En la lucha evolutiva de las civilizaciones, la cultura sajona armonizaría finalmente con la latinoamericana, trocando sus aspectos sensuales y materialistas en valores espirituales e ideales elevados:

<sup>15</sup>“Briznas de hierba. Walt Whitman”, *Ideas y figuras*, Año IV, N°76, Buenos Aires, 30 de Julio de 1912.

“Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, armónico, selecto (...)” (Rodó, 1976, p. 49).

### **La marcha de la marea: negros, mujeres, trabajadores**

Hace ya medio siglo que Tocqueville reveló a la Europa el curioso fenómeno de la democracia natural, que había encontrado en los Estados Unidos; y digo natural, porque a mis ojos el mérito extraordinario de ese pensador, hoy un tanto olvidado y a cuyas obras sólo falta la mortaja del pergamino, fue ver en la democracia americana un hecho social y no un hecho legal (...) Tocqueville fue más lejos aún, y en un capítulo admirable, dio voz de alerta contra los peligros que ese triunfo definitivo podría traer para el progreso humano (...) Tocqueville estudiaba la marcha de la marea desde los orígenes de la historia moderna, y al determinar la ley de ascensión del número sobre las clases, en los organismos sociales, predecía, tal vez para una época más remota que la actual, el ascendente irresistible de las masas (Cané, 1896, p. 60)

Cané expresaba una sensibilidad compartida por los letrados de fin de siglo. La asociación de los Estados Unidos con los símbolos de la sociedad de masas estaba por entonces extendida y contaba con un amplio y variado historial de antecedentes, especialmente en Europa. El modelo democrático que proponía Estados Unidos amenazaba con barrer las jerarquías que para toda una tradición de pensamiento conservador debían servir de sostén del orden social. Para las elites de un país como la Argentina, sin nobleza de sangre y en el curso de un crecimiento que proyectaba promesas de ascenso y movilidad social, la construcción de jerarquías sociales y culturales se convirtió en una obsesión a través de la que buscaban asegurar su posición de privilegio en la sociedad (Losada, 2010). En ese contexto, se potenció entre algunas figuras intelectuales la resonancia de aquellas imágenes que resaltaban, con signo negativo, los caracteres de una sociedad barbarizada por las tendencias igualadoras y el impulso materialista. Al cruzar la frontera idiomática del Río Bravo, Groussac (1897) se preguntó: “¿qué vengo a ver en este reino del industrialismo, de la fuerza bruta, de la vulgar democracia y de la fealdad?” (p. 269).

La vulgaridad no se manifestaba únicamente en el plano de las letras y las bellas artes. Muchos viajeros registraron también la incomodidad que les producían usos sociales en los que creían ver el signo de una igualación desagradable. El director de la Biblioteca Nacional dio la nota en este sentido. Abordando un tema que suscitó poca atención en esta parte del mundo, sostuvo que a pesar de no considerarse esclavista “el negro liberto y ciudadano es la mancha –negra, naturalmente– de la victoria republicana” y expresó decepción por el fracaso del proyecto colonizador que idearon los fundadores de la República de Liberia:

Aquí la igualdad circula tan libremente en el salón como en la calle (...) Los ferrocarriles, desde luego, materializan el sentimiento reinante, con la ausencia de

clases en los pasajes (...) Cuando, por ejemplo, el sirviente negro bebe en nuestros vasos, se zambulle en nuestro lavabo y concluye su horripilante *toilette* a nuestra vista y paciencia, siento en mi epidermis el roce brutal de tanta democracia (Groussac, 1897, p. 305)

Los vicios en las costumbres no se encontraban solamente en aquellos que seguirían por otra parte siendo excluidos. También entre quienes deberían fungir el rol de una elite social (un senador, un coronel, un *gentleman*) se apreciaban las mismas faltas: mascan tabaco, se suenan, se interrumpen, ajenos a las deseables normas de urbanidad.

Sin embargo, a ojos de Groussac (1897), el avance del modo de vida americano era una fuerza inevitable. La pregunta era entonces si, en el curso de su avance, la vulgaridad llegaría a todas partes o si al asumir esa misión rectora los norteamericanos finalmente se cultivarían: “En este dintel del siglo, la lucha entre la democracia vulgarizadora y la verdadera civilización se resolverá por la alternativa de Hamlet: ser o no ser plebeyos, tal es la cuestión” (p. 307).

El diagnóstico disgustado que Groussac alzaba a comienzos de la década de 1890 sobre el avance incontenible de tendencias igualitarias parecía replicar en realidad, en otro registro, el argumento que Tocqueville había elaborado para describir a los Estados Unidos de la era jacksoniana. Lo que Groussac parecía no registrar era, en cambio, el modo en que, en las décadas finales del siglo XIX, aquella dinámica democrática se veía ahora desafiada por el fin de la expansión de la frontera oeste, la concentración de la riqueza y la emergencia de nuevos conflictos sociales.

La prensa argentina había seguido con interés los conflictos obreros de mediados de la década de 1880. Las crónicas de José Martí sobre las grandes huelgas del transporte y el ascenso de los *Knights of Labor*, transmitían simpatía por la causa de los trabajadores y la fortaleza de sus organizaciones a la vez que un rechazo rotundo de las posiciones radicalizadas y de los atentados de los anarquistas de Chicago, a quienes no dudaba en considerar criminales.<sup>16</sup> Como es sabido, el *Haymarket Affair* daría origen a una importante tradición obrera y el recuerdo de los “mártires de Chicago” sería uno de los componentes obligados del nuevo ritual del 1 de mayo, extendido en la Argentina a partir de la década de 1890. En 1909 *Ideas y Figuras* publicó un número especial dedicado al episodio, con un poema de su director, Alberto Ghirardo, y la reproducción de la extensa crónica de Martí sobre la ejecución de los condenados por el atentado de 1886.<sup>17</sup> La crónica original, sin embargo, desarrollaba un argumento que en la década siguiente se convertiría en una clave de análisis habitual: las expresiones radicales de lucha social eran formas ajenas y extemporáneas a la realidad norteamericana, en la que imperaban en cambio los ideales – y las posibilidades– de ascenso social, las extendidas libertades individuales y los derechos políticos de los trabajadores. Esas condiciones hacían que la situación de subordinación de los obreros tuviera allí una naturaleza diferente a la que tenían en Europa. Para Martí, los huelguistas radicalizados no eran “los verdaderos trabajadores americanos”:

<sup>16</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 26 de junio de 1886, y *La Nación*, Buenos Aires, 2 de julio de 1886.

<sup>17</sup> *Ideas y Figuras*. *Revista semanal de crítica y arte*, Buenos Aires, 11 de noviembre de 1909.



En Alemania, bien se comprende, la ira secular, privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el pavés, allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al Presidente: allá no tiene leyes por dónde ir, y salta sobre las que le cierran el camino: allí la violencia es justa, porque no se permite la justicia. [...] Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!<sup>18</sup>

En efecto, el contraste entre la situación social europea –donde en la década de 1880 todavía imperaban formas de exclusión social y política que impedían que los trabajadores se percibieran como integrantes plenos de la comunidad nacional– y la norteamericana se convertía por entonces en uno de los temas habituales entre los analistas del movimiento obrero del mundo, que observaban con atención su crecimiento en los Estados Unidos. Si en Europa las asociaciones obreras habían sido infructuosas, en los Estados Unidos tendrían en cambio un sentido progresista.<sup>19</sup>

Ernesto Quesada propuso una clave de análisis similar en un artículo de 1891, publicado en la *Revista Nacional* de Adolfo Carranza. En “Dos Novelas Sociológicas”, el autor ofrecía una elaborada interpretación de la crisis argentina de 1890, refutando algunas de las versiones más difundidas hasta el momento y situando el caso dentro de un panorama mayor en el que se privilegiaba la comparación con Estados Unidos.

Quesada recurría a ese ejercicio resaltando los aspectos que vinculaban la experiencia argentina y norteamericana. Esa operación aparecía justificada por una serie de presupuestos teóricos explicitados por el autor: Argentina era un “país nuevo”, por lo que las leyes que regían su desarrollo eran distintas de las que habían moldeado, en la antigüedad y en los tiempos modernos, la vida europea. En ese sentido, el antecedente estadounidense –la “hermana del norte”– ofrecía un prisma más apropiado desde el cual comprender la realidad local:

En la época contemporánea, vale decir, de un siglo a esta parte, el mundo ha presenciado ya análogo fenómeno en los Estados Unidos de la América del Norte, y si bien la maravillosa evolución política, social y material de aquel país, por tantos conceptos digna de los espíritus observadores, aún no ha terminado, y no pueden por ello en rigor científico considerarse comprobadas las leyes que hasta ahora parecen gobernar su desarrollo, no lo es menos que dicha evolución está próxima a tocar su fin, y que sin demasiada presunción pueden darse por aceptadas algunas de las leyes históricas hasta hoy claramente definidas (Quesada, 1891, p. 102)

La de Estados Unidos era entonces, según Quesada (1891), “una civilización que presenta fenómenos distintos a los que registra la historia, y que se ha ido desenvolviendo

---

<sup>18</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 2 de Julio de 1886.

<sup>19</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1882.

según leyes *sui generis*” (p. 104). Eran esas mismas leyes las que explicaban la crisis Argentina, que era así apartada de la coyuntura y del pesimismo de las interpretaciones de algunos contemporáneos. La existencia de una institución como la bolsa no era la causa última de los males sino un instrumento necesario de las economías modernas, que debía ser mejor regulado por las políticas estatales. La crisis era en realidad el resultado esperable del crecimiento y la complejidad de la economía argentina, como revelaba el antecedente de las crisis financieras norteamericanas –en particular la de 1844– que habían provocado la ruina de algunos con la misma facilidad con la que habían creado las fortunas de otros.

Para el autor de *La deuda argentina*, de esas experiencias debían extraerse lecciones “no sólo para salvar nuestros malos pasos, sino, lo que es más importante aún, para evitarlos en el futuro” (p. 107). Continuaba Quesada (1891):

(...) la República Argentina ha comenzado ya a recorrer esa vía; se encuentra lanzada con empuje. Está recién en los comienzos y puede decirse que está en vísperas de renovar la marcha ascendente de su hermana del Norte. No cabe la mínima duda de que dada la analogía de antecedentes y circunstancias, han de producirse igualmente análogos fenómenos, y que ellos, como es natural, han de ser regidos por idénticas leyes (p.108)

Pero ¿en qué medida podían aplicarse los mismos criterios para estudiar la evolución de las dos sociedades? Sin duda, la trayectoria de ambos países presentaba algunas diferencias destacables. Quesada (1891) describía con lirismo el carácter grandioso de la geografía americana, opuesta en esto a la del viejo continente, y la aventura de la colonización:

Los países de enorme extensión territorial y de tenue población civilizada, abiertos de una manera inopinada al movimiento universal, fueron puestos en contacto con las viejas naciones, escasas de tierra y pletóricas de habitantes. [...] la tierra inmensa, gratis, o casi gratis, fértil hasta lo fabuloso, con todos los halagos de la vida independiente y generosa, tenía que ejercer una fascinación sobrehumana, irresistible, abrumadora, y devorar millones tras millones de seres, como el Maëlstrom implacable absorbe sobre los navegantes que penetran en su radio de atracción (p.104)

Ejecutando una variante de los clásicos temas positivistas, afirmaba además la potencia transformadora del medio, en el que “el europeo mismo, al pisar el suelo, se transforma, y encuentra (...) un estímulo desconocido que agiganta su espíritu, que imprime vigor a su cuerpo atrofiado por el atavismo de tantos siglos” (p. 104). La interacción entre el medio y la población europea que llegó como parte del impulso colonizador, dando origen en Norteamérica a las figuras de los *pioneers* y los *squatters*, produjo para el autor de *La época de Rosas* la creación de una nueva raza, con “calidades de energía casi salvaje”, que “todo lo quiere grande, pronto, espléndido” (p. 104).

En la visión de Quesada, el carácter de la inmigración que recibían ambos países marcaba una primera diferencia significativa entre ambos casos. La Argentina no había recibido flujos de inmigración constantes y en aumento con intensidad similar a la que había tenido lugar en América del Norte. Como resultado, los “elementos” recibidos por la Argentina eran de inferior calidad. Por otra parte, al momento de recibir estas corrientes, Estados Unidos contaba ya con importantes núcleos de población y de riqueza. Argentina, en cambio, despoblada y pobre, no pudo utilizar “sus propios elementos” y debió endeudarse con los países europeos, cayendo así presa de “mercaderes y judíos”. Estados Unidos parecía haber resuelto además “el problema político” y el de “organización social” y gozaba de un funcionamiento constitucional admirable (p. 130).

Esas virtudes norteamericanas estaban contrastadas sin embargo con algunos aspectos menos tranquilizadores. A pesar de que, según Quesada, la norteamericana era una “sociedad sin clases”, comenzaban a observarse allí los antagonismos entre el capital y el trabajo. Las huelgas se habían multiplicado y aumentaba la presencia amenazante del anarquismo, el socialismo y el “nihilismo”, aquel “cáncer incurable que devora a la Europa” y del que los Estados Unidos habían parecido estar a salvo. Existía además otro peligro: la plutocracia. Pero aun considerando estos problemas, las proyecciones de Quesada eran optimistas. Estados Unidos tenía los elementos necesarios para “curarse” y protegerse de la amenaza socialista. La plutocracia constituía un riesgo necesario a la vez que salvable. Retomando aquí la famosa argumentación que Andrew Carnegie expuso en su “evangelio de la riqueza”, en 1889, Quesada consideraba que las grandes transformaciones que generaban bienestar material eran en definitiva la obra de las grandes fortunas y, si éstas eran bien dirigidas por hombres virtuosos, los resultados podían ser estupendos.

Pocos años más tarde, un viajero atento, Juan B. Justo (1898), ofreció un diagnóstico más sombrío sobre el curso del capitalismo estadounidense. En su visión se destacaban allí la concentración de la riqueza y la ausencia de tradiciones de organización y de educación entre la clase trabajadora conspiraban contra las posibilidades del socialismo en el país.

Si Estados Unidos se reveló un escenario inverosímil para los triunfos de partidos de izquierda, pareció proponer, para otros, un modelo virtuoso de organización obrera. Carlos Pellegrini (1941) abordó en sus “Cartas norteamericanas” de 1904 lo que sería en su opinión la principal cuestión del siglo XX, “la conciliación del capital y el trabajo”. Pellegrini saludó los niveles de organización del movimiento obrero, comentando con interés las huelgas y las movilizaciones de los Caballeros del Trabajo. Consideraba también que el “jacobinismo político y social”, que podía tener explicación en Europa, no tendría lugar en “América, país de igualdad y de inmigración, donde no hay, ni ha habido, ni puede haber clases privilegiadas, donde casi todos han empezado por ser proletarios, donde sus millonarios de hoy fueron simples obreros de ayer” (p. 93), así como no lo tendría en Argentina, donde existían en su opinión las mismas chances para el ascenso y donde las grandes fortunas industriales habían surgido del trabajo.

## Conclusiones

Entre 1880 y 1910 la Argentina atravesó profundas transformaciones económicas y sociales. Cómo en décadas anteriores, durante esa etapa, los Estados Unidos fueron una referencia de importancia en el discurso público de las elites políticas y culturales locales. En las imágenes construidas sobre aquel país podían advertirse los cambios que producía un intenso proceso de modernización y fueron por ello un cristal en el que se veían reflejadas algunas claves para pensar la Argentina. Las referencias positivas a la “república modelo” no desaparecieron del todo del léxico político de las dirigencias. Pero el universo de imágenes de los Estados Unidos invocado por los viajeros, por la prensa y por otros observadores, se tornó más complejo y más variado que en años anteriores.

La prensa diversificó los recursos a través de los que hacía llegar a públicos ampliados la imagen de una sociedad que era representada con fascinación por sus avances tecnológicos, su grandeza económica, su tradición política. Las voces involucradas se multiplicaron y también aumentaron los viajeros que se decidían a visitar un destino cada vez menos exótico. Estos realizaban los recorridos típicos por las metrópolis de la costa Este –Boston, Washington, Nueva York–, pero pronto algunos se aventuraron hacia las ciudades del centro que, como Chicago, parecían ofrecer un panorama diferente. Si las grandes urbes norteamericanas constituyeron muchas veces un modelo a imitar, también eran vistas como expresión de algunos rasgos negativos de la sociedad de masas.

Sobre todo a partir de 1890, comenzaron a circular consideraciones negativas acerca del carácter materialista y vulgar de la sociedad estadounidense. Incorporaron entonces temas e ideas que desde mucho antes estaban disponibles en Europa y habían estado ausentes de las visiones argentinas. Acompañaron, de esa forma, los reposicionamientos de las elites argentinas en el escenario de fin-de-siglo, sus pretensiones de distinción social, su “europeización”, su búsqueda de refinamiento. Al rechazar la masificación y las tendencias igualitaristas presentes en la sociedad norteamericana, esas miradas asumían un tono elitista y conservador. Eran, por otra parte, contemporáneas de otro orden de preocupaciones que comenzaban a dominar los registros en la misma etapa. Desde fines de la década de 1880 la opinión argentina comenzó a seguir con atención los nuevos movimientos de la política exterior norteamericana sobre el continente. Desde entonces, los argumentos sobre el carácter del espíritu norteamericano se enlazaron con una discusión que pretendía alertar sobre sus nuevas tendencias expansionistas.

## Referencias bibliográficas

- Barret, R. (1910). El terror argentino. *Ideas y Figuras*, 2 (38).
- Bruno, P. (2011). *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Caimari, L. (2015). El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900). *REDES*, 21 (40), 125-146.
- Cané, M. (1896). Nuevos rumbos humanos. *La Biblioteca*. Tomo 1. Buenos Aires, Argentina.
- Cané, M. (1907). *En Viaje, 1881-1882*. Buenos Aires, Argentina: Biblioteca de La Nación.
- Darío, R. (1894). Edgar Allan Poe. *Revista Nacional*. T. XIX. Buenos Aires.
- Drago, L. M. (1882). La literatura del ‘slang’. *Nueva Revista de Buenos Aires*. Año II. Tomo VI. Buenos Aires.

- Friedman, M. (2015). *Repensando el antiamericanismo. La historia de un concepto excepcional en las relaciones internacionales estadounidenses*. Madrid, España: Machado.
- García Pascual, L. (2005). *Destinatario José Martí*. La Habana, Cuba: Abril.
- Gorelik, A. (1998). *La Grilla y el Parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal, Argentina: Universidad de Quilmes.
- Groussac, P. (1897). *Del Plata al Niágara*. Buenos Aires, Argentina: Administración de La Biblioteca.
- Gutman, M. (2011). *Buenos Aires. El poder de la anticipación*. Buenos Aires, Argentina: Infinito.
- Justo, Juan B. (1898) *En los Estados Unidos*. Buenos Aires, Argentina: La Vanguardia.
- López, L.V. (1916). *Recuerdos de Viaje*. Buenos Aires, Argentina: La Cultura Argentina.
- Losada, L. (2008). *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Epoque*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Pellegrini, C. (1941). *Obras Completas*. Vol. III. Buenos Aires, Argentina: Coni.
- Rodó, J. (1976). *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Román, C. (2010). La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898). En A. Laera (Dir.), *El brote de los géneros* (pp. 15-38). Buenos Aires, Argentina: Emecé.
- Romero, J.M. (2018). *El espejo norteamericano. Imágenes de los Estados Unidos en la Argentina (1852-1910)*. Tesis de Maestría. Universidad de San Andrés. Victoria, Argentina.
- Taine, H. (1977). *Introducción a la literatura inglesa*. Buenos Aires, Argentina: Aguilar.
- Terán, O. (2008). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Wilde, E. (1892). *Viajes y observaciones. Cartas a "La Prensa"*. Buenos Aires, Argentina: La Prensa.
- Quesada, E. (1883). Ralph Waldo Emerson. Sus doctrinas filosóficas. *Nueva Revista de Buenos Aires*, año II, Tomo IV, enero de 1883.
- Quesada, E. (1891). Dos novelas sociológicas. *Revista Nacional: Historia americana, literatura y jurisprudencia*, 6 (61).

### Cita sugerida:

Romero, J. (2019). Imágenes de Estados Unidos en la prensa argentina a fines del siglo XIX. *Coordenadas*, VI (1): 117-137